sí lo merece. Por una parte, impresiona el conocimiento del lenguaje marino que tiene Valencia. Por otro lado, impresiona su penetración humana ("En el fondo de su alma se sentía sin piso, con ganas de una salida de emergencia, como todos nosotros"), su agudeza para describir, por ejemplo, las intrincadas relaciones de pareja. El viaje a Cartagena ofrece al autor la oportunidad casi periodística de hacer una serie de anotaciones sociológicas al margen: "Aquello de no levantarse de la silla hasta que el avión se haya detenido, en este país se pasa por la faja paladinamente". O bien: "La palabra ajá siempre ha sido un comodín difícil de manejar. Se usa en distintas situaciones y siempre significa una cosa diferente". Así va desgranando sus reflexiones de narrador omnisciente y omnisapiente y va cantando, como un cronista de Indias, las maravillas que van pasando frente a sus ojos y su boca: "Creo que la existencia del níspero pone a prueba la bíblica historia de Adán y Eva. Al menos hace quedar al pobre Adán como un hombre sin paladar, despapilado. ¿Dejarse tentar con una manzana? Absurdo. Lo creería más si Eva hubiera llegado con un níspero, un zapote, un mango costeño, una piña, alguna fruta con personalidad y carácter. Por eso pienso que, definitivamente, el paraíso queda en algún lugar lejos del trópico. Y no quiero hablar de Blancanieves. Hagan sus reflexiones".

Compartimos con estos náufragos de la vida el drama trivial de que, por ejemplo, se termine el café en alta mar. Supongo que será como cuando se termina la seda dental en medio de la selva. Compartimos sus reflexiones, no por evidentes menos llenas de sabiduría: "No entiendo por qué se llama Tierra, si la mayor parte del planeta es agua. Debería llamarse Agua". O bien sus descripciones certeras: "Bazurto es una cosa de locos. Seguro que cuando Dios pensó en hacer el mundo tenía un caldo de cultivo como Bazurto, así de caótico, sin saber por dónde comenzar". Y así se va el libro, con la descripción de un restaurante isleño hacia el final, con sus paredes color blanco-mugre y su bombillo colgante que se enciende con un benjamín y su silla de madera de iglesia pobre, que se compagina con un lenguaje coloquial que añade frescura en medio de tanto bochorno: "Así no se puede... rrdá"... "pero ajá".

La existencia de las cucarachas desempeña un papel psicológico importante. Por ahí anota que espichar cucarachas desestresa y que los psiquiatras de Nueva York deberían enterarse de esto. Por eso es que tal vez el episodio final nos regala la mayor enseñanza para cualquier aspirante a marino: que en el mar las cucarachas se matan con la mano.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

El dominio del oficio de la escritura

El álbum de Mónica Pont
Octavio Escobar Giraldo
Fundación Tierra de Promisión, Ibagué, 2003, 96 págs.

La presente obra fue declarada ganadora de la VIII Bienal Nacional de Novela José Eustasio Rivera, un certamen que se convoca en la ciudad de Neiva desde 1982 y en el que han sido laureados importantes escritores como Marco Tulio Aguilera, Juan Carlos Rubiano y Alberto Duque López, entre otros.

El jurado consideró que la novela tiene altas calidades, dado que "un narrador participante se adentra en la historiografía y desciframiento de los escritos de un colombiano residenciado en España. Construida con buena textura narrativa y como especie de Caja de Pandora, la narración tiene una estructura que el lector visualiza en múltiples narratorios".

El álbum se piensa como la colección de unas fotografías o secuencias no lineales que rompen la historia, pues son acontecimientos aparentemente sueltos. Las citas constantes del álbum se tornan variaciones, divertimentos, anuncios fracturados, imágenes incompletas, similares a las de la televisión. Es como si el narrador ofreciera una serie de intentos espasmódicos e intermitentes para contar la historia, la cual, sin embargo, posee una coherencia interior. El narrador reconstruye un texto que incluye las sentencias del álbum de Mónica Pont, un libro escrito por Leonel Orozco, tomadas éstas de distintas páginas, de manera desordenada, sin un criterio definible. De dicho manuscrito se explica su origen, "las circunstancias que llevaron a Leonel Orozco a escribir el texto del que me nombró depositario". Supuestamente la novela funciona como un prólogo a la segunda edición de un libro concebido desde la ficción. Se dice que la primera impresión fue realizada en España, que la crítica lo acogió de la mejor manera.

Nos cuenta el narrador de la aceptación de la propia Mónica Pont, quien tomó el libro como un homenaje y admitía que su rostro apareciera en la carátula: "La generosidad de una mujer tan hermosa me convenció de que esta confesión o este testimonio, todavía no sé bien como calificarlo, caló honda en la sociedad española y acometí sin vacilaciones

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

una presentación más prolija que las diez líneas que garrapateé en marzo pasado".

Dicho prólogo, argumenta el narrador, se realizó a partir de fuentes serias, todo para enriquecer la percepción e interpretación de un fenómeno literario, sin llegar a extremos dogmáticos. Al respecto se refiere a la miopía de Max Brod (un escritor checo en lengua alemana, amigo de Kafka y editor de su obra póstuma) y al filibusterismo de William Spielmann. "También obtuve valiosísimos documentos, inéditos hasta hoy, que contribuirán, estoy seguro, a mayores esclarecimientos. Entregarlos es la razón más poderosa para abrumar al lector con un prólogo de esta envergadura —vicio del que siempre abominé—, que confío colmará su curiosidad y alentará estudios más rigurosos de las 486 páginas del volumen agotado y, ahora, redivivo", nos dice el narrador antes de empezar los pequeños capítulos.

Las pistas que nos ofrece nos llenan de incertidumbre y nosotros, lectores impacientes, procuramos tomar el hilo meteórico del relato. El narrador, periodista de profesión, conoce a Leonel Orozco en Cádiz como asistente a una de sus charlas, titulada "Novela postmoderna andina". Al final de la conferencia, Orozco le reclama el olvido de dos autores colombianos: Philip Potdevin y Octavio Escobar.

Mientras el narrador viaja a Madrid, Orozco se dirige a Sevilla, donde es hechizado por el río Guadalquivir, objeto de varias reflexiones. Luego pasa a Granada, la que produce en él una fascinación enorme. Al arribar a Madrid, Orozco es testigo de la crisis afectiva del narrador. Ya en Atocha conoció a Mónica Pont, gracias a los carteles que aparecían en las estaciones del metro.

Los viajes por los distintos lugares de la ciudad son descritos aquí. Las referencias a obras literarias y cinematográficas son frecuentes. El narrador cuenta cómo eligió el título para el manuscrito de Orozco y apunta las citas referidas a la estación del metro.

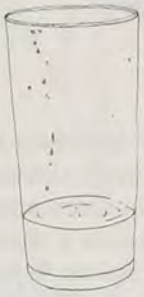
A continuación se narra el pasado del escritor, según juiciosas pesquisas del narrador. Hijo de abogados, sus primeras lecturas fueron Verne, Dickens, Salgari, Stevenson y H. G. Wells. Una pista clara para sospechar de la verdadera identidad de Orozco la ofrece en las siguientes líneas: "Un cambio radical se presenta cuando cae en sus manos *El lobo estepario* de Herman Hesse, cuyo protagonista acepta como la personificación del artista". El recuento sigue de la mano de sus estudios universitarios, la tragedia de sus padres, su afición por la literatura hispanoamericana, el recuerdo recurrente del infortunado futbolista Andrés Escobar y los comentarios sobre la violencia en Colombia. A esta altura ya sabemos que Leonel Orozco, el narrador, es el mismo autor que recrea parte de su autobiografía.

Admirador de Edgar Allan Poe, Orozco decidió participar activamente en concursos literarios. Su bibliografía es comentada, la importancia de sus amigos y su afición especial a la música.

El séptimo apartado de la novela está dedicado a las reflexiones sobre la obra de Pierre Klossowski, cuya exposición la observó en un museo de Madrid. Una especie de ensayo se incrusta durante el relato, un texto muy bien realizado, muy lúcido e inteligente. Digamos que es la parte profunda y sustancial de la obra comentada.

A continuación se narra la aventura de Leonel Orozco en un *sex-shop*, lugar donde los juegos eróticos y su relación con una bailarina le estimulan sus dilemas interiores. Tayzha se llamaba ella, de origen marroquí. Ambos, Orozco y la bailarina, fueron a cenar a la casa del narrador y su esposa María Fernanda. Allí se precipita una interesante charla que trató acerca del trabajo, la pornografía, fútbol, publicaciones editoriales, otra vez la violencia, la admiración u odio a ciertos políticos. Después viene la trágica muerte de Tayzha, un pesar que cubre sus últimos días en España. Leonel Orozco vuelve a caminar por Madrid, a ver cine, por ejemplo *Crash* de David Cronnenberg, filme del cual hace un comentario sustancial. Vendría luego su alteración anímica, su inquietud creadora, su extravío, la relectura del libro de Orozco, ya terminado, las citas continuas de Rilke y las palabras finales del agudo prólogo.

Uno se pregunta cuál es el fundamento de este tipo de narrativa, su esencia. ¿Es especulativa, totalmente empírica? ¿Hay más razones prácticas que filosóficas en la interpretación de los acontecimientos que se narran?



Lo que es cierto es que subsiste el realismo (describir se ha vuelto más importante que buscar la esencia y el sentido de las cosas narradas), un testimonio contemplativo e hipnotizado del presente, aunque lo importante es la novedad del ejercicio narrativo, tal como lo sostuvo el jurado: "El texto del narrador incluye la relación de Leonel y María Fernanda. La reconstrucción del texto del narrador incluye los secretos del álbum de Mónica Pont. A su vez los textos de Mónica tienden al desciframiento de los escritos de Leonel. Con esta relación de un texto que encierra a otro y éste a otro sucesivo, la novela abre la Caja de Pandora para permitir desarrollar unas líneas argumentativas con las cuales se muestran los sentimientos de amor, amistad, lectura, calles, espacios y, finalmente, las expresiones vitales de todo tipo".

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

De esta manera es claro que hay innovación a partir de la creación de texto, ingenio, imaginación diferente, autenticidad, fuerza de libertad inventiva, parodia (en cuanto el oficio de la escritura se desacraliza, el protagonista ya no es el héroe y su mundo puede ser cuestionado), reescritura de un género, la novela en este caso, tras la combinación ecléctica de elementos provenientes de diversos estilos y expresiones que intenta la obtención de un conjunto armónico.

El álbum de Mónica Pont, desde su lenguaje, apela a los elementos de comunicación directa con el lector, en forma disyuntiva y abierta, proponiendo una especie de juego de *performance*, donde la escritura se vuelve "ejecución" de un texto que se traduce a experiencias existenciales, cuyo lenguaje puede ser interpretado por el lector en función de sus propias situaciones privadas o, peligrosamente, desde otra óptica, es posible que lo entienda de modo literal. Es menester apuntar el alejamiento total que hace esta narrativa de la metáfora y su acercamiento a la metonimia, lo cual implica la expresión de una palabra de sentido lógico, sobreentendida, explícita y denotativa. La lectura se da en la orientación estricta del contenido del texto. Podemos hablar, entonces, de la hibridación de los lenguajes, de la existencia de una palabra funcional de distintos orígenes. El narrador de *El álbum de Mónica Pont* habla distinto que el escritor protagonista. Al seguir la construcción de sus citas nos daremos cuenta de este particular entrecruzamiento.

Según características del quehacer posmoderno, el presente texto se asume desde la dispersión, fenómeno que hace de la tensión algo secundario, pues no importa si la historia suscita emoción o intensidad en el lector (las leyes de la causalidad están por encima de la intuición, la irrupción de lo inesperado, el asombro y la extrañeza). Asistimos a una crónica donde sucesiones, personajes y destinos se llevan a cabo a través de un movimiento lento, pausado y cinematográfico. Hay un gusto por el episodio, por la elaboración de flujos inconexos de acontecimientos, por el cambio incesante que da una sensación de provisionalidad de lo narrado.

La tarea de interpretación, de este modo, es bastante sencilla, ya que el narrador expone pero no cifra, haciendo de la escritura una suma de informaciones, impresiones y noticias acerca del origen de una obra literaria, en cuyo fondo habla tímida y superficialmente de la "selva de la modernidad urbana" y de "la línea argumentativa básica sobre el oficio de escribir, representado en Leonel que concluye, como en *La vorágine*, perdido en otra maraña, la de la contemporaneidad". El escritor plantea y contesta la pregunta ¿por qué y cómo soy escritor? A través de un discurso donde él mismo es autor-narrador y protagonista, productor del texto y testigo-participante de la "vida literaria del tiempo". Un tiempo abierto al pasado en forma de percepciones y crónicas, pero asumido de forma racional y controlada, sin asomo de su dimensión dramática. Ausencia que deja un vacío en esta especie de relato autobiográfico, de retrato verosímil alrededor del juego de espejos, similitudes e identidades.

Como fortalezas apuntemos que *El álbum de Mónica Pont* es un ejemplo donde la ironía, como componente explícito, evita el escándalo que de otro modo, al hablar de sexo o política, suscitaría sin lugar a dudas.

El dominio del oficio de la escritura por parte del autor es incuestionable. Ello se evidencia cuando utiliza la historia del arte. Se toman textos prestados, se juega con los diversos niveles de significación, con el empleo metonímico de las citas, o se erige el predominio de lo visual tras los recorridos del protagonista por los diversos lugares geográficos de la novela. Así se constata un culto a los espacios colmados como manifestaciones espirituales, ligeras o suaves (mascaradas o simulacros) o profundas en otras pocas orillas. La concepción del *collage* aparece como una posibilidad de tomar un determinado número de obras, de objetos, de textos, e integrarlos en una creación nueva para producir una totalidad original. En *El álbum de Mónica Pont* se intercalan las descripciones del narrador con fragmentos del libro de Leonel Orozco, una frase de Borges, un epígrafe de Juan García Ponce, conversaciones, poemas de Rilke, un ensayo, nociones de literatura, pintura, historia, cine, realidad sociopolítica del país, biografía y música.

Por ello no existe la ingenuidad, el simplismo ni la inocencia del escritor, quien se vale de lo autobiográfico pero también de la despersonalización y desmaterialización del autor. Ello tiene que ver con el descentramiento del yo y el descubrimiento del discurso del Otro (a pesar de que en ciertos pasajes son tediosas las fabulaciones autorreferenciales, las cuales se podrían confundir con el despliegue de un narcisismo innecesario).

GABRIEL ARTURO CASTRO

Sin estructura narrativa

La condena del despojo
Fernando Baena Suárez
Editorial El Malpensante, Bogotá, 2003, 111 págs.

La lectura de esta obra deja una gran preocupación relativa al tratamiento del texto y su escasa calidad en

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.